

de cuantos cuenta el Prado por medios eléctricos. Cuarenta y siete pinturas y seis esculturas en total son las obras que han encontrado aquí justo acomodo, todas ellas de maestros españoles, desde los patronos internacionales del gótico flamenco del *Maestro de la Sisla* hasta la leonardesca manera de Yáñez de la Almedina. Novedad absoluta de esta sala es la *Deposición de la Cruz*, tabla de un retablo de Pedro Machuca, adquirida recientemente en Londres por el Patronato del Museo, que viene a ampliar la escasísima representación de este pintor toledano en el Prado.

Aprovechando un trozo de uno de los patios interiores, se ha establecido nueva comunicación con las salas de los "cartones" para tapiz de Goya. Salas éstas a las que también se les ha sometido a renovación de los pavimentos, limpieza de las paredes y nueva instalación luminosa.

Salas con acusado aspecto palaciego en las que ahora se ha disimulado, con acierto, el exceso de molduras doradas que desviaban la observación de las pinturas.

Una nueva ordenación de algunos "cartones" permite gustar de todo el encanto de esa alhaja que lleva por título *El quitasol*.

El espacio reservado a la exhibición de los dibujos de Goya también se amplía y dentro de poco podremos ver terminada esta inexcusable instalación.

Las obras de reforma, comenzadas en el Museo con tan firme trazo por Pedro Muguruza, fueron continuadas en estos años últimos por José María Muguruza, Fernando Chueca, Lorente, nombres que ya tienen un puesto junto al del creador Juan de Villanueva.

Hemos observado en estas últimas obras, con satisfacción, que la directiva del Museo ya abandonó esa maníaca costumbre de recubrir los muros con tapicerías a que tan aficionada se mostró en otras reformas. Nidales de polvo, fondos de manchas, eso era lo que se lograba con el forrado. En las salas encaladas de el Greco se inició el camino a seguir y que esperamos no se interrumpa, como desgraciadamente no se hizo en las salas velazqueñas.



LA ACROPOLIS DE ATENAS VA A SER RECONSTRUIDA

El mundo está erizado de tratados y pactos. Defensivos, agresivos, neutralistas, de todas formas y colores. Según parece todos son precisos para mantener el inestable equilibrio de la frágil paz en que nos permiten vivir.

Uno de esos múltiples compromisos es el llamado OTAN, que agrupa a las siguientes naciones: Bélgica, Canadá, Dinamarca, Francia, Grecia, Islandia, Italia, Luxemburgo, Holanda, Noruega, Portugal, Reino Unido,

Alemania, Turquía y Estados Unidos. Precisamente cuando se escriben estas líneas los signatarios del Pacto se encuentran reunidos en Atenas y es de esperar que en esta reunión se ratifique un acuerdo tomado hace unos meses. Acuerdo importantísimo para todo el mundo civilizado y para Grecia en particular.

Y no se trata de si las bases europeas podrán disponer de armas atómicas o no, o de otras disposiciones bélicas. Es algo mucho más sencillo y más conmovedor,

algo que en apariencia no entra dentro de los fines propuestos para la defensa del Atlántico. Pero esto último según se mire.

Lo acordado es, nada menos, que el reconstruir entre todos los componentes del Pacto ese patrimonio de la cultura occidental edificado sobre un peñasco del corazón ateniense: la Acrópolis.

Y bien que lo necesita. No una reconstrucción a la manera de Viollet-le-Duc, que más bien era construcción a su modo, sino una ordenación de las piedras caídas; una nueva erección de las columnas, que sólo esperan la voz de mando para erguirse otra vez como centinelas del alma europea.

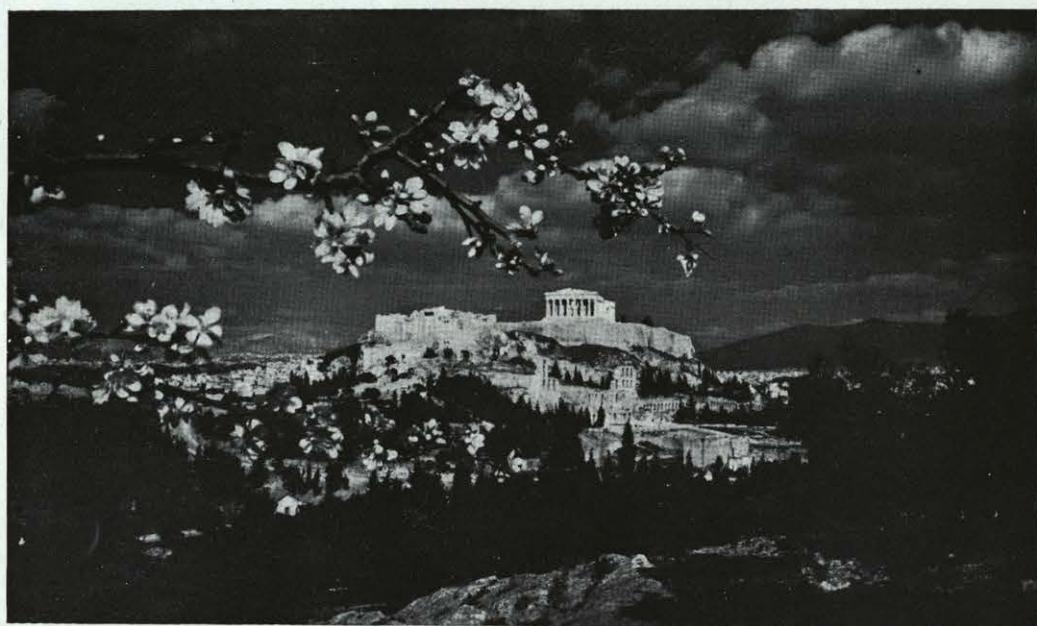
Cuando hemos llegado desde nuestra lejana España a la colina sagrada de la Acrópolis, dos sentimientos contradictorios nos han embargado el ánimo. Uno, de admiración inefable, de un no se qué para el que no se encuentran palabras de explicación habitual. El otro, de pena ante tanta ruina mal tenida, inútilmente desolada.

Acrópolis significa etimológicamente "lo más alto", y en esta ocasión impar lo mismo nos sirve como concepto geográfico que artístico y cultural. En el corazón

de la antigua Hélade, sobre una colina fortificada que sigue siendo el centro cordial de Atenas, unas ruinas nos siguen dictando su lección perenne, actual y eterna: que la belleza puede y debe acomodarse siempre al canon humano y que ni siquiera cuando se construye para la divinidad deben olvidarse las dimensiones de los mismos que construyeron esos templos.

Arruinada, expoliada por la codicia y la mezquindad, las edificaciones sacras que integran aquel recinto de la Acrópolis siguen siendo no sólo el lugar más alto de la ciudad, sino uno de los de más auténtica elevación ejemplar del mundo. Cada templo de los que integran la Acrópolis ateniense es unidad orgánica servida por la estética abstracta más acorde con sus dimensiones. ¿No es ésta también la fuente que informa la arquitectura de hoy? Eterna, y por tal actual, en la era de los tecnicismos, la Acrópolis nos sigue dictando su lección de poesía y humanismo.

Cuando la reconstrucción se lleve a cabo, la OTAN habrá realizado su mejor maniobra, acción de paz y de cultura. Un soplo de bienaventuranza sobre el amenazado mundo de hoy.



Manuel Millares y su pintura integradora

Como sangre sobre los trapos viejos y arrugados. Blanco y negro sobre los costurones y las desgarraduras. Lienzos articulados con rabia, arpillerías tensas, manchadas. Algun zapato y algún bote de verdad, incorporados a la pintura, formando cuerpo con ella.

Con estos elementos al parecer poco pictóricos, Manolo Millares ha logrado una personal manera de expresión, reconocible

fácilmente dentro de la variada pintura española actual. Pintura esta de Millares nada amable; al contrario, agresiva, repelente casi, trágica, desconcertante para muchos.

Hay quienes se preguntan hasta qué punto esto que hace Millares es pintura. Idéntica pregunta cabría hacérsela ante la obra de algunos otros pintores actuales, cuya obra participa por igual de características que tradicionalmente parecen inmersas en el

campo escultórico. También cabría preguntarse lo contrario, y es hasta qué punto es escultura lo que hacen algunos escultores de hoy, cuyas realizaciones más podrían parecer pictóricas. Lucio Muñoz (el español) y el escultor Consagra (italiano) podrían servirnos perfectamente para ejemplos de lo que decimos.

El que las obras de Millares tengan un acusado relieve, espacios enteros sin tela